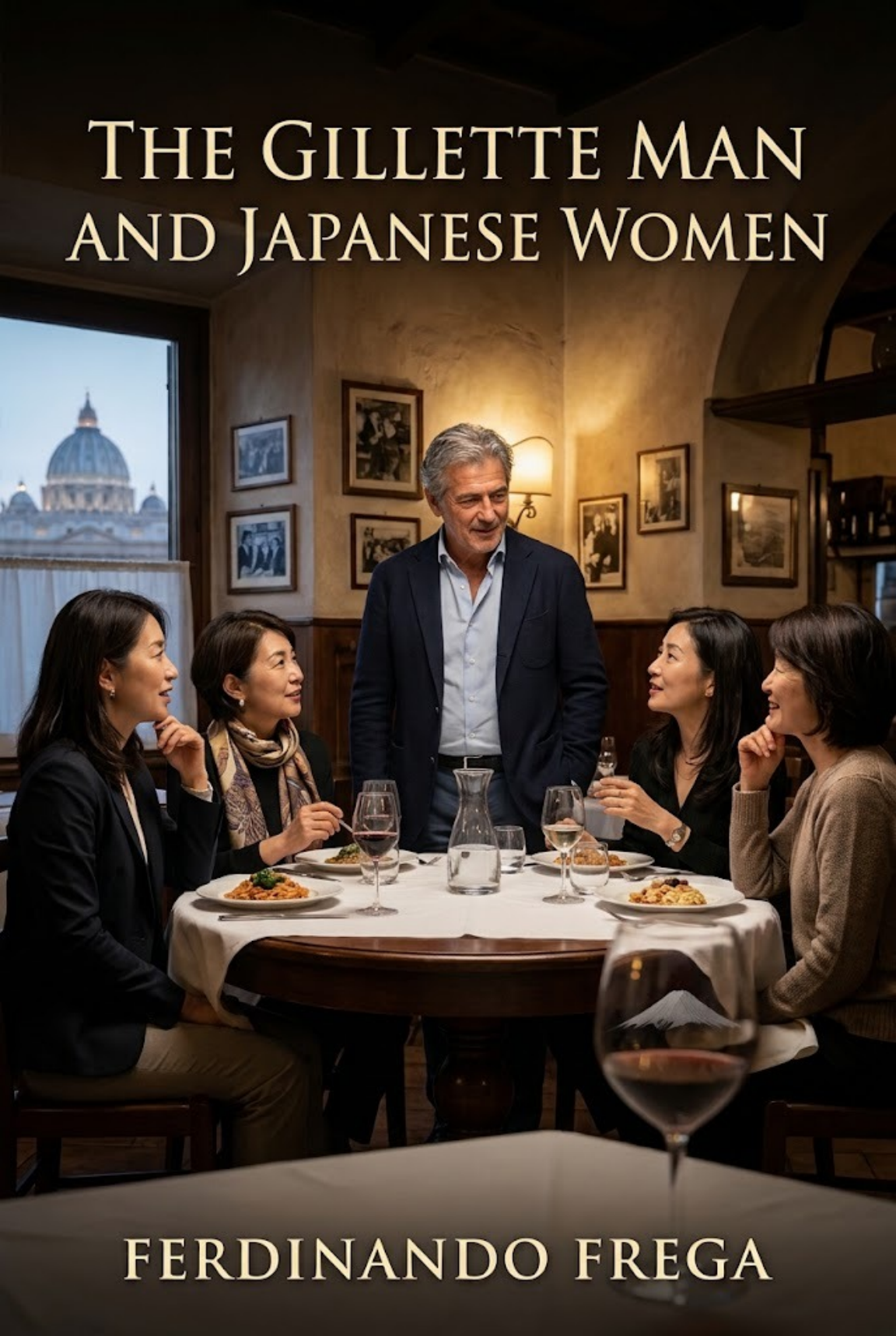
The Gillette Man and Japanese Women



FERDINANDO FREGA

EL GILLETTE MAN Y LAS MUJERES JAPONESAS

The Art of Attraction · 11

Acababa de llegar a Roma y, como siempre, hice una visita a la basílica de San Pedro, en el Vaticano. Era mi único homenaje a mi primer colega de Gillette, el que trabajaba el territorio de Galilea con un equipo de doce que lo seguían a todas partes. Los números que producía eran tales que, dos mil años después, ni siquiera Wall Street consigue ponerlo en sus cotizaciones.

Caminaba por el pasillo que lleva a la entrada principal, eran las once de la mañana, cuando un grupo de personas me llamó la atención con una frase: HELP ME, PLEASE?

El tiempo justo de entender si la petición de ayuda iba dirigida a mí y, al girarme, me encontré con los ojos de seis mujeres de rasgos típicamente asiáticos: sonrientes desde el primer momento, luminosas, hermosas, amables, educadas, elegantes. Entendí enseguida que no eran chinas, las napolitanas de ojos rasgados. Y, en efecto, cuando les pregunté WHERE ARE YOU FROM, respondieron todas a la vez: I come from Japan. Mujeres e hijas del Sol Naciente:

MY JAPAN.

Sonrío y me presento enseguida, desempolvando un inglés que hacía tiempo que no usaba: NICE TO MEET YOU, MY NAME IS FREGA. Y ellas responden con calidez,

perfectamente sincronizadas, a coro, llamándome… FREGA SUN.

Caramba. Todavía no he abierto la boca y ya me llaman sol. Así que llega mi pregunta: ¿por qué me llaman sol? Se echan a reír como locas para explicarme que su SUN no es el sol, sino SAN, su forma más alta de respeto hacia una persona. Hablaban en clave.

Entonces me puse en medio y les expliqué lo que significa SAN en italiano: es la palabra que damos a los santos católicos, los que han sido santificados por la Santa Madre Iglesia y han pasado a mejor vida. Y yo todavía no tenía derecho al título, solo porque seguía vivo.

Eh. Todas riendo como locas.

No sabía qué más hacer ni qué decir. Su HELP ME PLEASE de antes se había esfumado, pero yo estaba dentro de un lugar privilegiado y no lo habría abandonado por nada del mundo: la mente de las mujeres.

La mayor me tomó del brazo, siguió sonriéndome y me invitó a seguirla a ella y a las demás. Nos dirigimos hacia la salida. Pensé que era otra de las bromas de mi colega galileo. Pero ¿adónde íbamos?

Unas cuantas calles, unos cuantos callejones, y llegamos a una trattoria romana, donde me invitan a comer. Estoy sorprendido e impresionado, pero todo esto ocurre por una sola razón: las mujeres japonesas tienen radar, como todas las mujeres del mundo, pero el suyo lo ha afinado de otra manera la cultura de los samuráis, donde antes de cada vida ponen el

código. Sí, han oído bien. Estamos en Roma, Italia, pero dentro de aquella trattoria me estaban diciendo: WELCOME TO JAPAN.

Nos sentamos a una mesa estrictamente redonda. Todos nos miramos a la cara. No es la forma habitual de mesa en una posada italiana, pero quizá la eligieron justamente por eso.

Me preguntan cuántos años tengo, a qué me dedico, si soy italiano, si estoy casado, si tengo hijos. Y yo respondo con una pregunta: ¿así interroga la policía en Japón a los ladrones?

Otra carcajada general. Pero tienen curiosidad, quieren saber, y quieren tomar sin pedir: son las mujeres del mundo.

Les digo que soy un ladrón cognitivo. En Italia ese papel corresponde a los que llamamos rubacuori, ladrones de corazones, que no siempre son los clásicos latin lovers. Esos estaban bien en los años cincuenta; ahora han caducado, como el yogur.

Una carcajada general, pero no sé si se ríen de los chistes, de mi postura o si es solo cortesía. Entonces la mayor del grupo, casi como para disculparse, me explica su comportamiento y me deja entrever la cultura japonesa, y justo ahí entiendo que estoy dentro de una de las casas que he frecuentado en mi vida.

Empieza diciendo que no son seis ocas tontas que graznan antes de meterse en el agua: la sonrisa es placer, alegría, respeto, y no solo un rasgo emocional.

No ceden ni un milímetro en querer respuestas a sus preguntas, así que les digo que tengo sesenta y un años, que

estoy casado, que tengo tres hijos y que tengo un acuerdo con mi mujer que se remonta a 1993 y que me permite comprometerme en cualquier parte del mundo con una sola condición: que sea con contrato temporal, y sin darle hijos a nadie.

Pensaba que las sonrisas volverían a encenderse, pero como por arte de magia desaparecen, y en cada rostro llega la versión seria, hasta el punto de que me pregunto dónde me he equivocado.

La mayor del grupo se acerca y me dice sin rodeos que llevan treinta días en Italia y que han conocido a mucha gente, pero que nadie se ha comportado nunca con esta honestidad intelectual. En resumen: un cumplido.

Nunca he tenido un momento de extravío ni un conflicto con mi propia personalidad, ni un ego al que rendir cuentas. Pero sabía que en ese preciso instante estaba cognitivamente en la cima del monte Fuji, solo que por la ladera equivocada, dentro de una trattoria romana.

Mi rápida reflexión todavía no se ha desvanecido cuando la más joven se vuelve hacia mí y me dice: Mr. Frega Fuji. Y yo: minchiaaaaa.

La busco dentro de su mirada, dentro de sus ojos, y le digo con ternura: cariño, gracias por el Fuji, pero ahora tengo que irme, se ha pasado la hora. Antes de hacerlo, sin embargo, dejo sobre la mesa mis tarjetas de gillettenarrative.com, que no son de negocios, una para cada una.

Se quedan impresionadas. Conocen ese sitio. Todo Japón lo conoce; fueron los primeros del mundo en descubrirlo. Quizá solo ahora entiendo la razón.

Los códigos que me dejó mi padre: nunca tuve ocasión de preguntarle si había estado alguna vez en Japón, pero de una cosa estoy seguro. Las seis mujeres los descifraron y, en silencio, dieron su veredicto.

Me voy. Dejo algo de dinero sobre la mesa para su comida y las veo llorar a todas juntas. Pienso que están ofendidas porque no me comprometí con ninguna de ellas. En cambio, todas me dicen adiós con la mano, a coro, diciendo:

ciao gillettenarrative

Ferdinando

Ya no vende. Cuenta.

Y lo hace gratis, para las mujeres que de verdad lo ven —

a las que nunca había dedicado nada.

Honor a las mujeres del mundo.

El éxito de un hombre siempre ha pasado, y solo, por sus brazos.